



Universidad  
Nacional  
de Rosario

Facultad de Psicología  
Trabajo Integrador Final

**Acerca del suicidio como consecuencia del  
pasaje al acto: Una aproximación  
psicoanalítica**

Modalidad de presentación: Investigación Bibliográfica

**Autora:** Scatá, Virginia

**Legajo:** S-5550/6

**Docente Responsable:** Bertholet, Roberto

## **Agradecimientos**

*Agradezco a la Universidad Nacional de Rosario y a la educación pública, por brindarme este gran espacio de crecimiento personal y profesional.*

*Al psicoanalista y docente responsable Roberto Bertholet, por su dedicación y valioso acompañamiento durante esta última y tan importante instancia. A mi familia, por su cariño e incentivo constante, por ser sostén y confiar siempre en mí. A Juliana, por alentarme y estar a mi lado incondicionalmente. A mis amigos, por su compañía, paciencia y apoyo permanente.*

*Y a Luisina y Mercedes, por ser mis grandes amigas y compañeras en cada etapa de este recorrido, compartiendo conmigo la ilusión de ser colegas.*

## **Índice**

Resumen	y	palabras	
claves.....	4	1. Presentación del	
Problema.....	5	2. Objetivos	
<b>2.1</b> Objetivo			
General.....	7	<b>2.2</b> Objetivos	
Específicos.....	7	<b>3.</b>	
Introducción.....	8	<b>4.</b>	
Exposición del material objeto de la revisión			
<b>4.1</b>	Diferentes	conceptualizaciones	sobre el



tesis panorámica se despliegan las principales formulaciones freudianas y lacanianas, como así también la de otros psicoanalistas, con el objetivo de generar un acercamiento a sus distintos planteos y exponer las principales descripciones existentes en la actualidad sobre el fenómeno del suicidio. Partiendo del espacio inaugurado por Sigmund Freud, el análisis de la melancolía y las formulaciones de la pulsión de muerte se vuelven algunas de las coordenadas necesarias para esclarecer el asunto. A su vez, por medio de su trabajo sobre la angustia, Jacques Lacan amplía los horizontes en el discernimiento de dicho fenómeno. Con su teorización del pasaje al acto, pone especial énfasis en el lugar que adquiere el Otro en el dejar caer y la consecuente salida de la escena por parte del sujeto. Tomando como eje el modo de la urgencia, es posible reflexionar acerca de un tratamiento posible para el sufrimiento del vivir, y así, arribar a la conceptualización de una clínica del pasaje al acto que escape a todo tratamiento moral y psicopatologizante del suicidio.

### **Palabras clave**

Suicidio- Pasaje al acto- Acting out- Urgencia- Psicoanálisis

## **1. Presentación del problema**

El presente recorrido se fundamenta en la plena consideración del *suicidio como*

*consecuencia del pasaje al acto.* Reflexionar acerca del suicidio como materialización del pasaje al acto invita a desmitificar dicho fenómeno, desterrando algunos prejuicios que persisten en la actualidad. Es sumamente relevante mencionar y dejar asentado desde el comienzo de este escrito que no todo suicidio resulta de un pasaje al acto. Para que el mismo sea consecuencia de un pasaje al acto deberá darse cierta configuración, posibilitada por determinadas condiciones que serán abordadas con posterioridad. Es así como se desprende la no relación unívoca entre el suicidio y el pasaje al acto, dos conceptos que no deben ser homologados ni utilizados como sinónimos. Entonces, teniendo en cuenta que aquí se abordará específicamente la comprensión del suicidio como resultante del pasaje al acto, es oportuno mencionar además que no existe un único modo de suicidio. Pérez y Reytor (1995) retoman la Clasificación Internacional de Enfermedades-9 (CIE-9) donde el suicidio se clasifica según el método empleado. Simplificadamente, se categoriza el suicidio por métodos violentos o duros por un lado (tales como arma de fuego, ahorcamiento y precipitación), y por otro lado, el suicidio por métodos pasivos o suaves (como la ingestión de psicofármacos). A su vez, el suicidio también puede ser clasificado según su forma clínica, y de esta manera es posible mencionar al suicidio ampliado, suicidio por desesperación, suicidio por miedo, suicidio por venganza, suicidio por sacrificio o heroico, suicidio asistido, suicidio por honor, entre otras formas. Por último, es menester señalar que no siempre quienes se suicidan tienen antecedentes de depresión, melancolía o hastío de vivir. Y aunque la melancolía es la estructura en la que mayor facilitación subjetiva hay para que se realice un acto suicida, el suicidio puede ser definido como transclínico en tanto no es propio de ninguna estructura clínica en particular, dado que el mismo puede llevarse a cabo por un sujeto psicótico, obsesivo o histérico (Gallo, 2021).

Según un estudio presentado por UNICEF Argentina (2019), en los últimos 30 años se triplicaron los casos de suicidio en la adolescencia, constituyéndose como la segunda causa de muerte de esta población. El análisis de las instituciones vinculadas con la prevención y la atención del suicidio veló que en todas ellas existen falencias, ya sea por falta de capacitación de los actores en relación con el tema o por insuficiencia de los recursos disponibles. Además, dicho relevamiento constató que, por lo general, los servicios de salud desconocen o carecen de protocolos que guíen las intervenciones de los profesionales, y muchos servicios de atención, especialmente las guardias, no cuentan con la presencia de psicólogos o psiquiatras en los equipos interdisciplinarios. Sin embargo, corriéndose de estudios cuantitativos, el psicoanalista Héctor Gallo (2021) asegura que la gran cantidad de suicidios que en la actualidad se producen son testimonio de un nuevo malestar en la civilización, y esto es algo que no debe ser minimizado acudiendo a meros diagnósticos de trastorno mental que tienen como único motivo trivializar un fenómeno subjetivo y social como lo es el suicidio. Cada vez que se trata de acontecimientos donde se pone en juego la subjetividad, el modelo epidemiológico que apunta a explicarla se vuelve insuficiente al atacar únicamente la causa objetiva y dejar por fuera la causa subjetiva, la cual nunca es unívoca, sino múltiple y variable. El psicoanálisis, y en ello radica su valioso aporte, advierte sobre la imposibilidad de pensar al suicidio por fuera de su relación con la subjetividad. Es por ello que el presente trabajo parte de la hipótesis de que el suicidio es un acto de ruptura por excelencia con el Otro simbólico que sirve de soporte al lazo social, siendo el pasaje al acto la expresión más contundente en que un sujeto prescindir del Otro. Tal como explicita Lacan (2019a) en su Seminario X titulado “La angustia”, el dejar caer es el correlato esencial del pasaje al acto, el cual denota cierta dimensión de ruptura y discontinuidad. La caída del sujeto como objeto es con respecto al Otro que ya no lo sostiene, y es por ello que cada vez que hay pasaje al acto, encontraremos que del lado del sujeto algo se habría desmoronado, provocando que él mismo aparezca borrado al máximo como actor de su vida y gobernante de su existencia.

Es precisamente este abandono la forma más letal del dejar caer, y el acto, entonces, una forma de dar respuesta frente a lo imposible de soportar (Gallo, 2021). Lejos de ser abordado desde ciertas generalizaciones y clasificaciones universales, el suicidio como resultante del pasaje al acto convoca a valorar lo singular del caso por caso. Dado que la noción de singularidad será mencionada a lo largo del presente escrito obteniendo un importantísimo valor teórico, se vuelve necesario distinguirla de las categorías de lo universal y lo particular. Lo universal podría ser definido como aquel conjunto que responde a la lógica todo, siendo lo particular, entonces, aquello que se desprende y responde a dicho conjunto. Ahora bien, ¿qué sucede con la singularidad? En consonancia con lo expuesto por Pérez (2013), si bien el psicoanálisis no desconoce ni el valor teórico ni la importancia práctica de los universales y de lo particular, su propósito es esencialmente poder establecer aquello singular que define lo más propio y característico de cada sujeto. De esta manera, la singularidad se aparta de lo universal, de aquella lógica todo, y se guía entonces por la lógica del no-todo. Lo singular no necesita de las categorías de lo universal, porque precisamente no existe un punto de referencia para ser incluido en dicho conjunto. Es en la singularidad donde más se destaca aquel modo singular de goce que ya no responde a aquello particular. Y es en la singularidad donde es posible hallar aquel detalle que ya no se encontrará en ningún universal. Entonces, si la singularidad implica la no existencia de soluciones totalmente predeterminadas, en ningún orden de lo existente, será necesario idearlas para cada situación, para cada hecho, posibilitando una creación auténtica (Pérez, 2013). De esta manera, tomando la vía de la singularidad, será posible delimitar un recorrido teórico sobre el suicidio siguiendo una lectura psicoanalítica, lectura que se aleja de explicaciones taxativas y que invita a la reflexión sobre el trabajo psicoanalítico con las urgencias subjetivas y los modos singulares de sufrimiento y malestar.

## **2. Objetivos**

### **2.1. Objetivo General**

- Reflexionar acerca de la conceptualización del suicidio en la literatura psicoanalítica.

### **2.2. Objetivos Específicos**

- Explorar algunas consideraciones planteadas por la sociología y la psiquiatría sobre el suicidio.
- Describir los aportes propuestos por la enseñanza de Sigmund Freud y de Jacques Lacan, como así también los de otros psicoanalistas, respecto a las diferentes formulaciones teóricas y estatutos otorgados al suicidio.
- Describir por qué el psicoanálisis lacaniano entiende al suicidio como materialización y consecuencia del pasaje al acto.

### **3. Introducción**

#### **Sobre la vida y la muerte**

Thomas Szasz (2002), con su libro titulado “Libertad fatal. Ética y política del suicidio”, se propone contribuir a que se acepte y se hable del suicidio, poniendo especial énfasis en desmedicalizar y desestigmatizar la muerte voluntaria. Al aceptarla como un comportamiento que siempre ha formado y siempre formará parte de la condición humana, y pese a las diferentes conceptualizaciones que se la ha dado a lo largo del tiempo, afirma con plena convicción que el suicidio se constituye como un problema político y moral, anterior incluso a aquellos problemas como el derecho a rechazar un tratamiento o el derecho al suicidio asistido. ¿Es el suicidio un acto voluntario o es producto de una enfermedad mental? ¿Debería estar permitida a los médicos la

prevención a la fuerza del suicidio? Son algunos de los interrogantes que el autor despliega y que, para ser respondidos, requieren “la disposición a abrir los ojos y mirar la vida -y la muerte- de frente” (p.16). Así, es posible afirmar que el significante suicidio implica considerar y reflexionar sobre la vida y la muerte, y en definitiva, sobre la existencia misma que, en el caso del suicidio, concluye por un acto llevado a cabo por la misma persona.

En psicoanálisis, definir qué es la vida entraña un gran obstáculo: la confrontación con un no saber. Siendo la vida un concepto que se constituye como problemático y que a su vez desborda al cuerpo, Jacques-Alain Miller (2002) decide comenzar su texto “Biología lacaniana y acontecimiento del cuerpo” siguiendo la línea de aquello que Lacan planteaba tanto en 1955, al asegurar que el fenómeno de la vida permanece en su esencia impenetrable, como lo trabajó en 1972, al definir la vida a través del goce. Por su parte, Willington (2022) confronta las concepciones de vida y de muerte tanto en Freud como en Lacan, y asegura que para Freud la idea de vida podría concordar con lo que la biología postulaba en su época. Así, se observa nítidamente una idea freudiana de la vida muy vinculada al concepto de conservación y ligada directamente a la idea de Eros como principio rector. Sin embargo, a partir de la enseñanza de Lacan, se aprecia una concepción mucho más enigmática y oscura, en tanto el fenómeno de la vida continúa siendo completamente impenetrable. La vida, entonces, representaría una molestia, un estorbo, mientras que la muerte sería tan solo una defensa frente a eso imposible de soportar. En esta misma línea, es Voruz (2022) quien confirma entonces que el psicoanálisis tiene su propia orientación frente a este agujero en el conocimiento respecto a la vida. Con Freud se vuelve posible a partir de su binarismo pulsional alegorizado por las figuras de Eros y Thánatos. Pero con Lacan y su mito de la laminilla es posible ir más allá de aquella dicotomía pulsional freudiana, en tanto la pulsión de muerte y la libido estarían finalmente ligadas. De esta manera, en la enseñanza de Lacan la sexualidad queda vinculada a la muerte de manera inédita, ya que el hombre, al reproducirse por la vía sexuada, pierde una porción de vida, pierde su inmortalidad (Lacan, 2019d). Años más tarde, con su conceptualización del goce trabajada a lo largo de su Seminario XX titulado “Aún”, Lacan proporciona una valiosa clave frente al enigma de la vida. En palabras de Lacan (2008), “no sabemos que es estar vivo a no ser por esto, que un cuerpo es algo que se goza” (p.32). Se trataría entonces de la vida bajo la forma del cuerpo vivo, dado que es en el cuerpo en tanto soporte de la vida donde el goce se realiza. Tal como asegura Miller (2002), la vida desborda al cuerpo, pero sólo hay goce si la vida se presenta como un cuerpo viviente. Frente a este enigma de la vida, sólo sabemos que no hay goce sin la vida, ya que el goce mismo es impensable sin este cuerpo viviente, y el cuerpo viviente es la condición del goce.

Pese a la gran dificultad que conlleva definir qué es la vida, a lo largo del tiempo el hombre ha ido dándole orden y consistencia a su propia existencia por medio de representaciones que lo han ayudado a dirigirse y sostenerse en la vida. La vida humana podría pensarse como una permanente puesta en escena, una densa ficción, un anudamiento de lo real, simbólico e imaginario con el que se montan escenarios de la vida (Bertholet, 2022). De esta manera, y anticipando lo que se desarrollará con posterioridad,

8

el suicidio entendido como consecuencia del pasaje al acto conllevaría entonces una ruptura con aquella ficción con la que el sujeto ha orientado su existencia. El *Niederkommen*, el dejar caer propio de la estructura del pasaje al acto, denota cómo algo de la escena se rompe provocando que el sujeto quede totalmente identificado al lugar del a. Y entonces, el sujeto no ve otra salida más que tomar el camino de una acción que le permita evadirse de dicha escena dejándose caer.

No obstante, tal como afirma Vóruz (2022), si la vida hace un agujero en el

conocimiento humano, también lo hace la muerte. De ahí que temas como la vida y la muerte hayan despertado diversos interrogantes y producido variadas respuestas a lo largo de la historia. Lo mismo ha sucedido con el suicidio, cuya existencia data desde los más remotos inicios de la humanidad y muestra una gran dificultad: comprender por qué un ser humano llegaría a ponerle fin a su vida. Y aunque este complejo y enigmático fenómeno ha generado múltiples conceptualizaciones, el mismo sigue interpelando a la sociedad, constituyéndose cada vez más como una demanda que exige respuestas. En el caso del espacio analítico, el analista se enfrentará con los intentos de suicidio y con aquellos anuncios explícitos o implícitos que podrá encontrar en la enunciación del analizante. Pero por fuera del transcurso de un análisis, el suicidio e intento de suicidio también se constituyen como motivos de interrogación, especialmente por sus causas. Es por ello que, a lo largo de la historia de la humanidad, ha sido y es un tema que preocupa y concierne, no sólo a profesionales de la salud, sino a toda la sociedad.

Con el transcurrir de los años, diversos discursos provenientes de la biología, filosofía, sociología, religión e incluso del arte, se han invitado a decir algo sobre la existencia del hombre. Así como los filósofos afirman que las especulaciones en torno del fenómeno de la muerte hicieron surgir las reflexiones intelectuales de toda filosofía, Freud postula que el conflicto de sentimientos ante la muerte de personas queridas es lo que ha dado origen a la psicología (Vives y Axelrod, 1999). De esta manera, se vuelve necesario poner en primer plano al psicoanálisis, pues el mismo tiene aún mucho por decir, siendo capaz de esclarecer el asunto tanto de la vida como de la muerte. Tal como afirma Gallo (2021), es fácil constatar y encontrar un ser humano en quien alguna vez hayan surgido impulsos suicidas expresados en la conciencia en forma de ideas autodestructivas. Sin embargo, es posible advertir que la idea de la muerte propia es inimaginable. En su trabajo sobre los primitivos desarrollado en “Tótem y tabú”, Freud (2011) asegura que la representación de la muerte es tardía y sólo se la admite con vacilaciones. Asimismo, en su escrito “De guerra y de muerte. Temas de actualidad” (2017a), advierte que en lo inconsciente todos estaríamos convencidos de nuestra inmortalidad. En este sentido, y a partir del trayecto delimitado por Freud, se distingue una renuente actitud del hombre frente a la muerte, paradójicamente que, al mismo tiempo, la muerte y las fantasías sobre ella reclaman indudablemente un notable lugar en el psiquismo de cada sujeto.

Ahora bien, si el psicoanálisis puede echar luz sobre cómo la vida y la muerte son vividos por el ser humano, también es capaz de hacerlo respecto al suicidio. ¿Qué sucede con este enigmático fenómeno? Siguiendo lo explicitado por Barrionuevo (2009), se podría anticipar que aquel deseo de muerte, presente y persistente en todo sujeto a lo largo de su vida como resultado de la pugna permanente entre la pulsión de vida y la pulsión de muerte, pareciera estar fuertemente vigente en quienes ejercen agresión sobre sí mismos, en un acto que intentaría terminar con un sufrimiento intolerable para el sujeto. Aun así, que el suicidio sea considerado enigmático, misterioso e incomprensible, no significa que no se puedan despejar algunas cuestiones fundamentales siguiendo el recorrido propuesto por el psicoanálisis.

#### **4. Exposición del material objeto de la revisión**

##### **4.1. Diferentes conceptualizaciones sobre el suicidio**

*Ser psicoanalista es, sencillamente, abrir los ojos ante la evidencia de que nada es más disparatado que la realidad humana. Si creen tener un yo bien adaptado, razonable, que sabe navegar, reconocer lo que debe y lo que no debe hacer, tener en cuenta las realidades, sólo queda apartarlos de aquí. El psicoanálisis (...) muestra que no hay nada más necio que un destino humano, o sea, que siempre somos embaucados. Aun cuando tenemos éxito en algo que hacemos, precisamente no es eso lo que queríamos (...). El análisis es darse cuenta de esto, y tenerlo en cuenta.*<sup>1</sup>

Etimológicamente, el vocablo suicidio proviene del latín *sui* (sí mismo) y *cidium* (matar), por lo que podría traducirse literalmente como “matarse a sí mismo”. Sin embargo, comprender su significado etimológico tampoco resuelve el carácter enigmático de este concepto. Para ello, se vuelve imprescindible ahondar en el significado que este significante ha ido adquiriendo a lo largo del tiempo, dado que, tal como se mencionó con anterioridad, este interrogante universal ha estado presente en la humanidad desde tiempos remotos.

Siguiendo el recorrido histórico delimitado por Rivera (2015), en la Grecia antigua el suicidio era considerado un delito contra el Estado, siendo la mutilación del cadáver, los entierros aislados y la deshonra familiar los castigos más comunes para los suicidas. Con el Imperio Romano, se dan grandes pasos en torno a la legalidad y castigo del mismo, en tanto deja de ser penalizado en casos de enfermedad, filosofía, honor o condena. Ya en la Edad Media, la religión comienza a influenciar de manera sustancial la concepción de las personas sobre el suicidio, fundamentalmente respecto a los castigos dirigidos al suicida. Pero, más allá de la penalización de la que fue objeto el suicidio a lo largo de la historia, distintas disciplinas tuvieron el afán de teorizar y generar diversas respuestas frente a este interrogante: la sociología y la psiquiatría son algunas de ellas.

Luego de la Revolución Francesa, se reafirma la despenalización del suicidio, y es así como en la Edad Moderna y Contemporánea este fenómeno comienza a ser estudiado desde una perspectiva sociológica, al mismo tiempo que se lo empieza a considerar una enfermedad de índole mental (Rivera, 2015). Así, es posible afirmar que se dejan de lado aquellas conceptualizaciones de tinte moralistas, éticas y religiosas que guiaron durante mucho tiempo las interpretaciones sobre el mismo, dándole lugar ahora a un enfoque biopsicosocial que busca analizar sus causas y consecuencias, a la vez que pone especial énfasis en el tratamiento y prevención del mismo. De esta manera, a partir del trabajo de Durkheim (2008), el suicidio comienza a ser abordado como un fenómeno social. La sociología, entonces, pasaría a convertirse en la disciplina encargada de rastrear sus causas y, a su vez, brindar directivas sobre su prevención. El suicidio sería susceptible de ser tratado científicamente siempre y cuando el acto social suicida sea considerado como realidad externa al individuo y, por ende, tratado como un hecho social. Tal como asegura Barrionuevo (2009), desde la perspectiva sociológica, el suicidio es considerado consecuencia de un estado de “enfermedad” o “patología de la sociedad”. En este sentido, Durkheim (2008) realiza una clasificación donde distingue diversos tipos de suicidios, los cuales remiten a distintos grados de integración y regulación de la sociedad: suicidio egoísta, suicidio anómico, suicidio fatalista y suicidio altruista.

Continuando con dicho lineamiento histórico, Rivera (2015) asevera que el interés sobre el suicidio comienza a crecer, y poco a poco se pone el eje en su identificación,

<sup>1</sup> Lacan, J. (2019c). Las psicosis. En *El Seminario: Libro III* (p.120). Buenos Aires, Argentina: Paidós.

diagnóstico y tratamiento. La psiquiatría, por su parte, comienza a considerar al suicidio como síntoma de una enfermedad mental. Las conductas suicidas pueden acompañar a muchos trastornos emocionales como la depresión, la esquizofrenia y el trastorno bipolar (Barrionuevo, 2009). Con su "Tratado de Psiquiatría", Henri Ey caracteriza al suicidio como la más frecuente reacción antisocial de la patología mental, y menciona además, que el suicidio más usual sería el de la crisis melancólica. En cuanto a su surgimiento, asegura que el mismo podría aparecer en condiciones psíquicas variadas, tales como trastornos afectivos de tono depresivo y ansioso, trastornos de obnubilación de la conciencia, o ideas y creencias delirantes en relación a las cuales constituye una reacción. De esta manera, Henri Ey afirma que el suicidio expresa una intención fundamental, una pulsión, una fuerza de organización y de liberación que emana de las fuentes más primitivas de lo que Freud llamó instinto de muerte (Barrionuevo, 2009). Es decir que, siguiendo esta definición propuesta por uno de los exponentes más importantes de la psiquiatría, el suicidio estaría ligado a una expresión de la pulsión de muerte, y es justamente por esta vía que se hace posible abordar y contrastar lo propuesto por el psicoanálisis, ya que como será trabajado a continuación, la psiquiatría es uno de los más importantes interlocutores del psicoanálisis, incluso hasta nuestros días.

Tal como se mencionó anteriormente, el suicidio fue y es motivo de interés de muchas disciplinas desde hace muchísimos años. Mientras que en la evaluación psiquiátrica y en la pesquisa legal del discurso jurídico se deja por fuera la pregunta por el lugar desde el cual el sujeto lleva a cabo un acto inusual en su modo corriente de conducirse, desde el psicoanálisis se hace lugar a dicha pregunta y no se deja por fuera el uno por uno de la clínica (Gallo, 2021). Y es que desde el psicoanálisis, toda tentativa a explicar de manera taxativa por qué una persona se suicida está destinada a fracasar, precisamente porque el suicidio entendido como materialización del pasaje al acto escapa a todo tipo de generalización. Es éste el significado que el psicoanálisis comienza a darle al significativo suicidio, un significado puramente singular que escapa a clásicas generalizaciones, mitos y prejuicios. Entonces, ¿cómo definir al suicidio desde el psicoanálisis? Siguiendo lo expuesto por Gallo (2021), es posible redefinirlo como el acto de ruptura por excelencia con el Otro simbólico que sirve de soporte al lazo social. Desde esta perspectiva, dicho acto no puede ser pensado como una realidad externa al sujeto, sino, más bien, interna, dado que la causa de toda respuesta subjetiva de malestar está en la realidad subjetiva. Sin embargo, es oportuno aclarar que el psicoanálisis no niega ni desvaloriza la realidad social que envuelve a dicho acto, ya que sin duda ha sido desencadenado por algún elemento de la realidad que ha trastocado el fantasma que el sujeto armó para vivir lo mejor posible (Bertholet, 2022). De lo que se trata aquí, entonces, es de la lectura subjetiva que el sujeto hace de aquella realidad objetiva. De esta manera, como primera aproximación a la perspectiva psicoanalítica sobre el suicidio, podría afirmarse que el paradigma freudiano que guía su conceptualización utiliza como coordenadas necesarias el análisis de la melancolía y las formulaciones de la pulsión de muerte, mientras que en Lacan el concepto de pasaje al acto se torna fundamental para esclarecer el asunto. Aun así, para arribar a la conceptualización lacaniana del suicidio como consecuencia del pasaje al acto se vuelve imprescindible retomar y detenerse en algunos de los aportes freudianos, pues con Freud y su invención del dispositivo analítico se abre una nueva posibilidad de dar respuesta al sufrimiento humano.

#### **4.2. Melancolía y pulsión de muerte**

Desde sus orígenes, el psicoanálisis no ha cesado de dialogar con la psiquiatría. Colovini (2013) señala y detalla aquellas marcas que los paradigmas de la psiquiatría han dejado en los conceptos psicoanalíticos, y enfatiza cómo en toda la enseñanza freudiana y lacaniana existe una gran guerra discursiva entre psicoanálisis y psiquiatría. A su vez, asevera que el Otro discurso del psicoanálisis es la psiquiatría, y es por ello que no se debe perder de vista que tanto en Freud como en Lacan se trata de interlocutores psiquiátricos distintos. De esta manera, en la misma historia de la psiquiatría es donde se puede ubicar

11

el nacimiento del psicoanálisis, ya que con el trabajo de Charcot sobre la histeria se abre camino a la operación de Freud y su invención del psicoanálisis. Aquellos elementos que estructuraban a la psiquiatría y a la neurología de la época son subvertidos por el mismo Freud, introduciendo un funcionamiento de otro orden completamente distinto y novedoso: el inconsciente. Es gracias a este desprendimiento de la clínica neurológica respecto al síntoma histérico, y el consecuente nacimiento del psicoanálisis como tal, que es posible echar luz sobre este fenómeno tan enigmático como lo es el suicidio y exponer algo distinto a lo que otros discursos han pronunciado sobre él y, en definitiva, sobre el malestar y sufrimiento humano.

En pos de fundamentar la importancia de esta problemática, se torna indispensable retornar a los comienzos del psicoanálisis mismo. ¿Qué afirmaba Freud acerca del suicidio? Intentar responder este interrogante requiere detenerse en algunos momentos de su enseñanza para apreciar cómo va teorizando y reformulando conceptos sobre esta temática que, aunque no fue un tema trabajado minuciosamente y exclusivamente por él, ha ocupado un enorme lugar en la teoría psicoanalítica. Es por ello que en el presente apartado se tomarán algunos textos freudianos que proporcionan una clave fundamental para la comprensión del suicidio con el fin de posibilitar cierto ordenamiento bibliográfico sobre el mismo. Podría decirse que la primera operación que realiza Freud en relación al suicidio es otorgarle un estatuto psicopatológico (Vargas Castro, 2010). Desde mucho antes de formular la pulsión de muerte, precisamente en "Psicopatología de la vida cotidiana" (2013c), Freud ya declaraba la existencia de una tendencia a la autoaniquilación presente con cierta intensidad en gran parte de los seres humanos. Según él, al lado del "suicidio deliberado consciente, existe también una autoaniquilación semideliberada -con propósito inconsciente- que sabe explotar hábilmente un riesgo mortal y enmascararlo como azaroso infortunio" (p. 177). Así, las lesiones provocadas a sí mismo son el efecto de un compromiso entre un empuje a la autoaniquilación y las fuerzas que todavía se le contraponen, "y aún en los casos en que realmente se llega al suicidio, la inclinación a ello estuvo presente desde mucho tiempo antes con menor intensidad, o bien como una tendencia inconsciente y sofocada" (p. 178). Una década más tarde, se distingue su participación en un debate de la Sociedad Psicoanalítica de Viena bajo el nombre de "Contribuciones para un debate sobre el suicidio". Allí, Freud (2013a) se pregunta cómo es posible que llegue a superarse la tan intensa pulsión de vivir, a la vez que asegura que dicha respuesta resulta aún inalcanzable. Sin embargo, advierte que sólo sería posible esclarecer el asunto a partir del estado de la melancolía y su comparación con el afecto del duelo. Por lo tanto, es posible advertir cómo desde el comienzo, al hablar sobre el suicidio, Freud va bordeando la cuestión de la pulsión de muerte y la melancolía. Lo expuesto en aquel debate adquiere suma relevancia como germen de lo que posteriormente teorizará y conceptualizará sobre la pulsión de muerte. Incluso esa breve y precipitada comparación entre el duelo y la melancolía es lo que en 1915 retomará en "Duelo y melancolía" para hacer mención nuevamente al problema del suicidio, ya pudiendo delimitar con mayor claridad los destinos de la libido en ambos procesos, los cuales se ignoraban en el momento de aquel debate.

No es fortuito que Freud haya podido explicitar los procesos afectivos puestos en juego tanto en el duelo como en la melancolía luego de haber definido a la pulsión como aquel concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, y habiendo distinguido entre pulsiones yoicas o de autoconservación y pulsiones sexuales, base sobre la cual posteriormente diferenciará y denominará pulsión de vida y pulsión de muerte. De esta manera, es en su texto "Duelo y melancolía" donde Freud (2017b) se esfuerza en ilustrar la naturaleza del cuadro melancólico, comparándolo con el proceso de duelo normal. Este escrito no sólo es una continuación de sus estudios metapsicológicos, sino que proporciona orientaciones de suma riqueza teórica sobre la reacción ante la pérdida de un objeto significativo para un sujeto, y así, por medio de dicho análisis y comparación entre la melancolía y el duelo, se podrá alcanzar la clave para dilucidar y comprender la inclinación al suicidio en la melancolía.

12

Con respecto al duelo, Freud (2017b) asegura que se trata de una reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces. Si bien trae consigo desviaciones de la conducta normal en la vida, nunca se lo considera un estado patológico, y una vez cumplido este trabajo del duelo, el Yo se vuelve otra vez libre y desinhibido. Sin embargo, la melancolía también podría ser la reacción frente a la pérdida de un objeto amado. Pero, la agudeza de Freud al distinguir y esclarecer el proceso de este estado melancólico advierte que dicha pérdida puede reconocerse como de naturaleza más ideal, y es por ello que se trataría entonces de una pérdida de objeto sustraída de la conciencia, en tanto no se discierne fácilmente lo que se perdió. De ahí que en la melancolía el enfermo sabe a quién perdió pero no lo que perdió en él. Avanzando en la teorización, Freud (2017b) se detiene en describir minuciosamente a la melancolía, asegurando que la misma conlleva una desazón profunda dolida, cancelación del interés por el mundo exterior, pérdida de la capacidad de amar, inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí que se exterioriza en autorreproches y autodenigraciones. Es esta perturbación del sentimiento de sí el rasgo que el duelo no presenta, y por lo tanto, lo que permite asentar la diferencia entre el duelo y la melancolía. Mientras que en el duelo el mundo se ha hecho pobre y vacío, en la melancolía eso le ocurre al Yo mismo, en tanto el melancólico describe a su Yo como indigno, estéril y moralmente despreciable; se hace reproches, se denigra, espera repulsión y castigo. Todo este cuadro de delirio de insignificancia moral se completa con insomnio, repulsa del alimento y desfallecimiento de la pulsión de todos los seres vivos a aferrarse a la vida. Si bien ha sufrido una pérdida de objeto, de sus declaraciones surge una pérdida en su Yo, y es así como Freud (2017b) delimita una instancia crítica escindida del Yo, la conciencia moral, en tanto advierte que una parte del Yo se contrapone a la otra, apreciándola críticamente y tomándola por objeto. Todo lo rebajante que dice de sí mismo, en el fondo lo dice de otro, porque los autorreproches son reproches contra un objeto de amor desde el cual han rebotado sobre el Yo.

El proceso de la melancolía, tal como lo formula Freud (2017b), puede elucidar el meollo de la tan enigmática inclinación al suicidio. Primero, hubo una elección de objeto de tipo narcisista. Por afrenta real o desengaño por parte de la persona amada sobrevino un sacudimiento de ese vínculo con el objeto. Pero el resultado no fue el normal, porque el libido no se desplazó a otro objeto, sino que se retiró sobre el Yo provocando una identificación narcisista, identificación que corresponde a una regresión desde el tipo de elección narcisista de objeto hasta el narcisismo originario. Sin embargo, el asunto se complejiza aún más dado que aquella investidura de amor ha experimentado un destino doble: una parte regresa a la identificación, mientras que la otra, bajo la influencia del conflicto de ambivalencia, es trasladada hacia la etapa sádica más próxima al conflicto. Es precisamente en esta etapa sádica donde Freud (2017b) encuentra cierto modo de

dar respuesta al suicidio melancólico, en tanto afirma que “sólo este sadismo nos revela el enigma de la inclinación al suicidio por la cual la melancolía se vuelve tan interesante y... peligrosa” (p. 249). Así, por medio de este exhaustivo análisis del proceso de la melancolía, Freud (2017b) confirma que el Yo sólo puede darse muerte si, a partir del retroceso de la investidura de objeto, puede tratarse a sí mismo como un objeto, es decir, si le es permitido dirigir contra sí mismo esa hostilidad que recae sobre un objeto. De esta manera, “la sombra del objeto cayó sobre el Yo” (p. 246), la investidura de objeto no se desplaza hacia uno nuevo, sino que regresa al Yo del sujeto, provocando una identificación del Yo y el objeto perdido. En otras palabras, aquel objeto ha sido introyectado para no perderlo, y aquel conflicto entre el Yo y la persona amada se muda ahora en una bipartición entre el Yo crítico y el Yo alterado por identificación, provocando que aquellos reproches contra el objeto ahora reboten al Yo mismo.

En este sentido, la indicación sobre la existencia de cierta tendencia a la autoaniquilación presente en un gran número de seres humanos, tal como lo explicitaba unos años antes en “Psicopatología de la vida cotidiana” (2013c), se complejiza al afirmar que, en verdad, esa hostilidad estaría dirigida a un objeto con el cual se ha identificado. Ahora bien, dichas consideraciones teóricas están en consonancia con algunos historiales

13

freudianos que reflejan y ejemplifican cómo esta hostilidad hacia sí en verdad estaría dirigida a un objeto. En “Análisis de un caso de neurosis obsesiva”, Freud (2003) se empeña en demostrar cómo los impulsos suicidas del Hombre de las ratas estaban íntimamente relacionados con la culpa, la ira y el odio reprimido hacia su padre. Y luego, a partir del trabajo sobre los neuróticos que desarrolla en “Tótem y Tabú” (2011) señala que “los impulsos suicidas de nuestros neuróticos resultan ser, por regla general, unos autocastigos por deseos de muerte dirigidos a otros” (p. 155). Siguiendo esta misma línea, es posible retomar brevemente el historial freudiano titulado “Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina” (2013d). Es el caso de una muchacha de 18 años que, seis meses después de haberse arrojado a las vías del ferrocarril, es llevada por su padre a análisis con Freud para que éste la “vuelva a la normalidad” a causa de su homosexualidad. En dicho historial se halla una importante directiva sobre el suicidio, en tanto Freud (2013d) advierte que:

No halla quizá la energía psíquica para matarse quien, en primer lugar, no mata a la vez un objeto con el que se ha identificado, ni quien, en segundo lugar, no vuelve hacia sí un deseo de muerte que iba dirigido a otra persona. (p.155)

Por lo tanto, ante el enigma del suicidio, Freud (2013d) destaca que la energía psíquica para matarse derivaría del deseo de matar a alguien con quien se ha identificado, volviendo hacia sí dicho deseo de muerte. ¿Podría decirse entonces que el suicidio sería una forma de matar a otro, otro que ha sido introyectado a modo de identificación hasta el punto de tratarse a sí mismo como un objeto contra el cual dirigir todo tipo de hostilidad?

Las conceptualizaciones freudianas expuestas con anterioridad se logran comprender con mayor nitidez si se las aborda y contextualiza desde su teoría pulsional, la cual es reformulada con su texto “Más allá del principio de placer” (2013b). Allí, Freud propone un “más allá” que vendría a objetar aquel principio de placer por el cual el aparato psíquico evitaría todo tipo de displacer, al mismo tiempo que plantea la noción de pulsión de muerte como opuesta a las pulsiones de vida. El principio general del funcionamiento psíquico, cuya función principal sería reducir al mínimo la tensión, quedaría subsumido a la pulsión de muerte, es decir, a la tendencia general de los organismos a volver al punto de partida. Mientras que la pulsión de muerte, entonces, sería la encargada de reconducir al ser vivo al estado inerte, Eros buscaría y perseguiría la síntesis con el fin de conservar la vida. De esta manera, la noción de pulsión de muerte

que introduce provoca un cambio fundamental en su teoría pulsional, la cual es sostenida hasta el final de su enseñanza y corroborada por el mismo Freud (2014) cuatro años más tarde en “El problema económico del masoquismo”, texto donde vuelve a visitar la relación entre el principio del placer y las dos pulsiones con las que concluye su prolongada reflexión en torno a la vida pulsional: pulsiones eróticas o de vida y pulsiones de muerte. Es menester destacar que ya el título de este escrito enmarca la cuestión del masoquismo como un problema, y, al igual que con la muerte y el suicidio, aquí nuevamente se halla un punto enigmático para la teoría psicoanalítica. En palabras de Freud (2014) “desde el punto de vista económico, la existencia de la aspiración masoquista en la vida pulsional de los seres humanos puede con derecho calificarse de enigmática” (p.165), a la vez que aparece bajo la luz de un gran peligro en relación al principio del placer, el guardián de la vida.

Así, Freud (2014) se adentra en un nuevo intento por explicar el carácter enigmático de los fenómenos que en sí mismos contradicen el principio de placer-displacer. Asegura que en el ser vivo, la libido se enfrenta con la pulsión de muerte, la cual querría desagregarlo y llevarlo a la condición de estabilidad inorgánica. La libido, por su parte, buscaría volver inocua esta pulsión destructora, desviándola hacia afuera y dirigiéndola hacia los objetos del mundo exterior. Luego de que esta parte principal de la pulsión de muerte haya sido trasladada hacia afuera, en el interior permanece, como su residuo, “el genuino masoquismo erógeno, que por una parte ha devenido un componente de la libido, pero por la otra sigue teniendo como objeto al ser propio” (p. 170). Por lo tanto, es posible advertir que, bajo ciertas condiciones, aquel sadismo podría ser introyectado nuevamente

14

como masoquismo secundario, añadiéndose al originario y alentando a la pulsión de muerte para volverse contra la propia persona. En este punto es posible hallar una de las ideas más novedosas acerca del masoquismo, en tanto este texto constituye la demostración y puntualización sobre la existencia de un masoquismo que aparece como una tendencia primaria, más originaria que el sadismo; y este último entonces, sería masoquismo proyectado, ligado y vuelto hacia afuera.

Ahora bien, a la hora de fundamentar la importancia de esta problemática en torno al masoquismo, Freud (2014) asegura que las pulsiones se presentan entrelazadas en proporciones variables, siendo esta mezcla la necesaria para dominar la pulsión de muerte. Con respecto a dicha mezcla pulsional, afirma que no se alcanza “a colegir la proporción de las pulsiones de muerte que se sustraen de ese domeñamiento logrado mediante ligazón a complementos libidinosos” (p.170). Lo interesante de dicha combinación de pulsiones es que, por efecto de ciertos factores, podría corresponderle una desmezcla. Asimismo, cabe destacar que a lo largo de este escrito, Freud (2014) pone su empeño en demostrar cómo el masoquismo se ofrece a la observación bajo tres figuras, distinguiendo así un masoquismo erógeno, un masoquismo femenino y un masoquismo moral. El masoquismo moral es justamente el testimonio clásico de la existencia de esta mezcla de pulsiones, de aquella combinación de proporciones variables que hace que no se pueda contar con una pulsión de muerte y una de vida puras sino sólo con contaminaciones de las mismas. En cuanto al masoquismo erógeno, afirma que se trataría de una condición a la que se sujeta la excitación sexual, aquel placer de recibir dolor que acompaña a la libido en todas sus fases de desarrollo. A su vez, este masoquismo erógeno se encuentra en el fundamento de las otras dos formas de masoquismo. El masoquismo femenino, por su parte, es el más accesible a la observación y el menos enigmático, en tanto se singulariza como una expresión de la naturaleza femenina y se basa enteramente en el masoquismo primario, erógeno, aquel placer de recibir dolor. Pero, ¿qué sucede con el masoquismo moral? ¿Por qué sería la

forma de manifestación más importante y, además, la clave para comprender el fenómeno del suicidio?

Con respecto al masoquismo moral, Freud (2014) afirma que aquella pulsión de destrucción fue vuelta hacia adentro y ahora abate su furia contra sí. Aun así, tal como se explicitó previamente, el masoquismo moral es el testimonio clásico de la existencia de la mezcla pulsional, y precisamente la peligrosidad de este masoquismo radica en que él mismo desciende de la pulsión de muerte, en tanto corresponde a aquella parte de la misma que se ha sustraído a su vuelta hacia afuera como pulsión de destrucción. En otras palabras, podría decirse que se trata de aquello que no pudo ser exteriorizado como pulsión de destrucción. Justamente en este punto se halla la complejidad del asunto, ya que al descender de la pulsión de muerte y al no ser expulsado hacia los objetos del mundo exterior, ahora permanece dentro del interior del psiquismo presentando un componente erótico, producto de estar ligado libidinalmente. En palabras de Freud (2014), “ni aun la autodestrucción de la persona puede producirse sin satisfacción libidinosa” (p.176). Por lo tanto, se plantea entonces un nuevo interrogante: ¿En qué consiste esta satisfacción libidinosa presente en la autodestrucción?

#### **4.3. Masoquismo y goce**

De lo explicitado con anterioridad se desprende la importancia que adquiere la instancia superyoica, la cual permitiría vislumbrar con mayor claridad lo que ocurre en dicho masoquismo moral. Freud (2014) advierte sobre la relación de complementación existente entre el sadismo del Superyó y el masoquismo del Yo, partiendo del hecho de que la reversión del sadismo hacia la persona propia ocurriría a causa de la sofocación cultural de las pulsiones. Por lo tanto, de esta sofocación resulta un sentimiento de culpa, siendo entonces la severidad de la conciencia moral proporcional a la abstención de la persona de agredir a los demás. Por medio de los fenómenos de la conciencia moral, es posible percibir cómo el Superyó acoge aquella destrucción que retorna desde el mundo exterior, y de esta manera aumentar su sadismo hacia el Yo. Y entonces, el sadismo del Superyó y

15

el masoquismo del Yo se complementan y se aúnan para provocar las mismas consecuencias. Tal como asegura Bertholet (2011), “por más renuncias que el Yo esté dispuesto a hacer para evitar la angustia, el Superyó- en su vertiente más cruel ligada a la pulsión de muerte- se ensaña mortificando al sujeto, cualquiera sea la experiencia que viva...” (p. 3). Esto se debe a que, freudianamente, el Superyó señala el cultivo puro de la pulsión de muerte, y al decir de Lacan, indica una ley insensata que empuja a un goce más allá del principio del placer.

Entonces, ¿cómo se explica la existencia de una satisfacción libidinosa en la autodestrucción de la persona? ¿Por qué existiría placer en el displacer mismo? ¿Cómo es posible que el dolor y el displacer puedan ser consideradas metas en sí mismas? Escobar (2021) recapitula este problema freudiano donde experimentar algo como placentero o displacentero no solo dependería de un factor cuantitativo como el aumento o la disminución de la tensión, haciendo entonces que el dolor y el displacer puedan ser considerados medios para un fin máximo que sería el placer. Por esta vía, es posible tomar aquella cita freudiana sobre la satisfacción libidinosa presente en la autodestrucción para articular y efectuar el pasaje a la enseñanza de Jacques Lacan. Si bien es Lacan quien insta la posibilidad de pensar en el concepto de goce, Geniviève Morel (2003) aporta una clara definición que ilustra esta cuestión del sufrimiento y la satisfacción. En palabras de la autora:

Goce designa entonces tanto el exceso de placer, la satisfacción demasiado intensa para el

sujeto, como el sufrimiento que puede resultar de excitación interna prolongada que trastorna el equilibrio requerido por el principio de placer... Si toda pulsión apunta a la satisfacción, lo hace apoyada por la pulsión de muerte: no hay Eros sin Thanatos. (p. 33)

Ahora bien, ¿en qué punto podría articularse el masoquismo con el goce? Fazio (2021) analiza el concepto de masoquismo desde la perspectiva psicoanalítica, teniendo en cuenta que si bien es un concepto que nace en Freud a partir de su trabajo sobre las perversiones sexuales, se trata de un complejo fenómeno que trasciende este campo. En tal sentido, Escobar (2021) asegura que Lacan modifica y supera aquella idea freudiana de un resto no expulsado de la pulsión de muerte que permanece en el interior del individuo. El sujeto aprehende el dolor de existir al reconocerse como un eslabón de la cadena significativa, y entonces, “la incorporación del significante, el goce, es fundamentalmente masoquista” (p.3). Por su parte, Amigo (2014) advierte sobre la importancia de constatar cómo los conceptos que Lacan utiliza durante su enseñanza obtienen dos sentidos diferentes: uno estructural, fundante, y otro “patológico” o clínico. Entonces, a pesar de que para Lacan la relación de todo sujeto con el goce es intrínsecamente masoquista, se vuelve imprescindible comparar y diferenciar la estructura del masoquismo inherente a la génesis del sujeto, es decir, como resto de la división subjetiva, y aquella posición más cercana a la idea de masoquismo como síntoma, en donde el sujeto quisiera encarnar ese resto como una “nada” o un “desecho”. Dado que el simple hecho de colocarse como objeto del Otro ya es en esencia masoquista, y siendo esta posición posible de ser asumida por cualquier sujeto independientemente de la estructura de la perversión, el masoquismo ahora se sitúa más allá de los límites del síntoma perverso trascendiendo las estructuras clínicas.

A lo largo del Seminario X, tal como se desarrollará con posterioridad, Lacan (2019a) se detiene en explicitar y describir el proceso de constitución subjetiva. Que él mismo ubique al goce al comienzo de la división subjetiva no es casual. Escobar (2021) señala que es como si el sujeto, antes de constituirse como tal, fuese una determinada cantidad de goce pero situada en el Otro, y de esta manera, luego del advenimiento subjetivo operado por el lenguaje con la consecuente pérdida de goce, surgirá el sujeto deseante. El plus de goce, al decir de Camaly (2008), es el testimonio de la pérdida de goce. Y es esta pérdida de goce la que permite entonces el acceso al deseo. Pero el goce se diferencia de este plus de gozar en tanto este último no responde al goce en sí, sino a la pérdida. Lo que se recupera, entonces, es siempre algo del orden de una pérdida de

16

goce que no logra inscribirse como tal. En relación a esta recuperación del goce perdido, Fazio (2021) asegura que:

Como respuesta a la imposibilidad de acceder al goce absoluto, el masoquista asume la posición del objeto a como plus de goce, para taponar esa falta que le es propia y que es también la falta del Otro. Esta posición, que representa un intento fallido de recuperación del goce perdido, no es exclusiva de la perversión. (p.7)

En dicha cita se vislumbra nuevamente cómo esta posición masoquista va más allá de la perversión, siendo capaz de ser asumida por cualquier sujeto, sobrepasando estructuras clínicas y abarcando una concepción de la constitución del sujeto como resto caído de un otro descompletado. A su vez, Camaly (2008) profundiza su lectura del Seminario XVI acerca de la apuesta de Lacan al introducir y formalizar el objeto a como plus de gozar. De esta manera, asegura que por esta función del plus de goce se hace posible deducir al objeto a como perdido, ya que para Lacan el objeto a es simultáneamente una pérdida de goce y el plus de goce que la repara. Ahora bien, la invención lacaniana del objeto a se puede rastrear y situar en el Seminario X, uno de los

seminarios más clínicos de Lacan, en tanto plantea cómo el sujeto se constituye en relación a aquello que queda por fuera del significante, el objeto a. Este carácter inventivo del objeto a se observa en su nuevo estatuto: ya no se trata del pequeño otro, no es la imagen especular ni el otro semejante e imaginario, sino que el objeto a tiene ahora un estatuto algebraico, topológico y estructural. Ya habiéndolo inventado, Lacan (2019a) muestra a lo largo de su seminario cómo este objeto funciona como causa de deseo. Es decir que esta invención no es sin consecuencias para pensar y leer la clínica, en tanto el objeto a es lo que a Lacan le permite dirigirse hacia el síntoma, el acting out, el pasaje al acto y la transferencia, es decir, hacia aquellos modos de encubrimiento del objeto a, hacia los modos de encubrir la causa.

El estatuto estructural que Lacan (2019a) le otorga a este objeto implica tomar plena consideración de la función de la escena. La transferencia, en carácter de escena, pone en juego otra escena que trae el neurótico: el fantasma. Es por ello que el objeto a siempre es leído en una escena, ya que en definitiva, se trata de ver cómo este objeto opera en la escena transferencial. Para transmitir esto, Lacan (2019a) presenta dos escenas de la perversión, el sadismo y el masoquismo, dos diferentes traducciones subjetivas del objeto en una escena. En el sadismo, no es tanto el sufrimiento del Otro a lo que se apunta, sino a su angustia. El deseo sádico es experto en la angustia del Otro, él sabe cuál es el objeto y cómo preservarlo, por lo que él mismo se hace ser instrumento para que el Otro goce. Por lo contrario, el masoquista paga el precio de ser el objeto especular, arma la escena para él mismo ser gozado como un objeto. Lo que pone en juego esta posición masoquista es que el deseo del Otro hace la ley, y es así como Lacan abre paso a pensar un más allá de la posición perversa, en tanto hay algo de masoquismo que es propio de todo neurótico al colocarse como objeto del Otro.

En síntesis, y en vías de conceptualizar al suicidio como consecuencia del pasaje al acto, se vuelve imprescindible retomar aquello que Amigo (2014) formaliza en torno al mismo, ya que como se mencionó anteriormente, es de suma relevancia tener presente los diversos sentidos que Lacan le otorga a determinados conceptos, en este caso, el pasaje al acto. Este concepto nombra no sólo una posibilidad “patológica”, como podría serlo el suicidio, sino también una concepción fundante o estructural. El pasaje al acto estructural estaría dado por la elección forzada del sujeto de entrar en el campo del Otro, y así, el sujeto se orientaría de esa caída a través del llamado salvaje del acting out. Por lo tanto, es importante señalar que si bien el presente escrito toma plena consideración del suicidio como materialización del pasaje al acto, es necesario atender al pasaje al acto “estructural”, propio de la constitución subjetiva, para poder contrastarlo con aquel pasaje al acto “patológico”. De esta manera, tal como se explicitará a continuación, el significante suicidio adquiere solidez como materialización del pasaje al acto en tanto se lo puede relacionar y encadenar a otros significantes: lugar del Otro, angustia, fantasma, acting out, acto, entre otros...

#### **4.4. El suicidio como consecuencia del pasaje al acto**

No es lo mismo inventar el psicoanálisis que retornar a Freud. El retorno a Freud es una forma de nombrar esta relación de Lacan con Freud, un modo de recorrer la lectura lacaniana de la enseñanza de Freud. Con Lacan, el asunto del suicidio puede complejizarse aún más y proporcionar grandes orientaciones a partir de su conceptualización del pasaje al acto. ¿Qué significa el suicidio como consecuencia del pasaje al acto? Éste es el gran interrogante que atraviesa y guía el presente escrito. Sin embargo, para dar respuesta al mismo es imprescindible dirigirse al inicio de la cuestión retomando el origen del concepto “pasaje al acto”. Así, sería posible reformular dicho interrogante por otro: ¿De dónde extrae Lacan este concepto?

Tal como se mencionó anteriormente, el psicoanálisis y la psiquiatría han dialogado permanentemente entre sí. Y aunque podría afirmarse que el término “pasaje al acto” es una invención lacaniana, Lacan lo extrae de la psiquiatría francesa de su época, convirtiéndolo en un concepto psicoanalítico absolutamente original (Gallo, 2021). Este término es introducido en la psiquiatría a partir de pacientes psicóticos que llevaban a cabo atentados agresivos, y Lacan no es una excepción del gran interés que han tenido los psicoanalistas franceses de la época por los pasajes al acto psicóticos. Es por ello que Muñoz (2009) se detiene en la historia de este concepto, no sólo situando los diferentes momentos de su producción, sino también reconociendo una prehistoria en el saber producido por la psiquiatría, saber del cual Lacan participa por haber intervenido en las grandes discusiones de la psiquiatría de su época. Es preciso señalar que en dicho terreno psiquiátrico este concepto adquiere un significado particular: el pasaje al acto estaría asociado con lo brutal y lo peligroso, siendo efecto de una impulsión. Siguiendo a Gallo (2021), esto se debe a que los conceptos “acto” e “impulso” están íntimamente relacionados, ya que un acto es inusual cuando es gobernado por un impulso y no por el pensamiento. Y es que para la psiquiatría clásica, la impulsión es definida como un deseo imperioso, irresistible, que surge bruscamente en ciertos sujetos (fundamentalmente en estados de melancolía) empujándolos a la comisión de actos infundados, brutales o peligrosos. En este sentido, no se debe descuidar al Lacan psiquiatra que se inscribe en esta corriente, ya que sus primeros antecedentes de este concepto están dedicados a las psicosis paranoicas, dándole un valor central al pasaje al acto como resolución del delirio. Pero, tal como explicita Muñoz (2009), Lacan no se contenta con ello y subvierte esta noción criminológica y psiquiátrica del pasaje al acto: en lugar de describirlo y reducirlo a conductas desviadas, violentas y criminales, le da consistencia clínica y se pregunta por el lugar del sujeto en juego, por el objeto y el Otro.

Si bien Lacan trabaja este concepto a lo largo de toda su enseñanza, en el presente escrito se retoma fundamentalmente lo desarrollado en su Seminario X titulado “La angustia”, ya que es el lugar en donde este término adquiere mayor consistencia teórica y clínica. En dicho seminario, Lacan (2019a) brinda importantes coordenadas acerca de la angustia, las cuales constituyen una importantísima vía de acceso a la comprensión del acting out y el pasaje al acto. Precisamente el íntimo vínculo entre el pasaje al acto y la angustia es el aspecto más original del abordaje lacaniano de este concepto, y es lo que provoca, en definitiva, que el pasaje al acto como concepto psicoanalítico pierda completamente sus referencias criminológicas, morales y psiquiátricas (Gallo, 2021). A su vez, emprender este recorrido en torno a la angustia no es sin abordar la constitución del sujeto en el campo del Otro, constitución que refiere a un Otro atravesado por una falta, un Otro que está barrado. Es decir que habría un punto en el Otro que es enigmático y que, además, determina al sujeto y lo constituye como sujeto deseante. Sin embargo, no se trata de una determinación lineal a modo de causa-efecto, sino que dicha determinación se efectúa a partir de un punto de indeterminación, a partir de un vacío. Esto se evidencia en la sesión del 21 de noviembre, donde Lacan (2019a) aborda la cuestión de la constitución subjetiva a través del esquema de la división del sujeto, constatando que en dicha operación de constitución se produce la caída de un objeto, de un resto imposible de reintegrar al Otro. De lo que se trata es de la garantía de lo irreductible, de lo incalculable

del Otro, en tanto el sujeto nunca puede saber qué quiere el Otro de él, y el Otro siempre tendrá un punto imposible y enigmático. El sujeto, entonces, se constituye como un objeto perdido, buscando hacer una lectura de aquello que al Otro le falta. Allí donde hay un vacío en el Otro, el sujeto ubica una imagen destinada a tapar esta falta, porque tal como delimita Lacan (2019a), el neurótico no recula ante su propia castración, allí se siente cómodo y se asume rápidamente como castrado. Frente a lo que recula es ante la

castración del Otro: nada quiere saber de esto, y por eso se ubica a sí mismo en el lugar de objeto de esa falta construyendo su fantasma, es decir, colocando una imagen allí para hacer una lectura de lo que al Otro le falta. Esto se distingue ya desde la primera sesión del seminario, donde Lacan (2019a) propone la figura de la mantis religiosa para comenzar a abordar el asunto de la angustia en términos de la dialéctica del sujeto con el Otro y ese resto imposible de reintegrar. Siguiendo lo expuesto por Serrani (2020), la introducción del apólogo sobre la mantis religiosa refiere a los recursos del sujeto para hacer frente al deseo del Otro, reflejando aquel momento crucial y subjetivante en el que el niño se confronta con el mismo. Se trata de aquel instante en que dicho deseo del Otro, al cual como sujeto se ve compelido a ofrecerle un soporte, puede engañarse y tomarlo por alguna otra cosa distinta de lo que intenta representar para él. Y en ese preciso momento,

(...) el deseo del Otro vira, y el sujeto no sabe ya qué ofrecerle. En definitiva, no sabe de qué sujetarse. Al parecer, aquello que hasta entonces le ofrecía, aquello en lo que se reconocía, ha cambiado súbitamente su valor. (Serrani, 2020, p.23)

Resumidamente, el sujeto para saber quién es para el Otro, necesita del reflejo que sólo puede procurarse a través de ese mismo Otro. Así, la problemática del ¿quién soy? remite a una erótica que vincula al sujeto en determinada relación pulsional con el Otro. *Che vuoi?* sería entonces el modo de preguntarse del sujeto en relación con este deseo del Otro que lo determina (Serrani, 2020). En suma, el sujeto se constituye a partir de este punto enigmático del Otro, no sin hacer una lectura fantasmática de ello. Y así, abordar la cuestión de la angustia conlleva trabajar la noción del fantasma, ya que entre la angustia y el fantasma se juega una estrecha relación. En efecto, en la primera sesión del seminario, Lacan (2019a) dirá que la estructura del fantasma y de la angustia es la misma. La angustia se da enmarcada, está enmarcada por el deseo del Otro, mismo marco que el del fantasma. El marco es aquello que pone un límite y permite constituir la escena, pero... la escena a veces se rompe.

En cuanto a la conceptualización de la angustia, Lacan (2019a) comienza definiéndola como un afecto. Lo novedoso allí es que dicho afecto no está reprimido, sino que va a la deriva, y lo que verdaderamente estaría reprimido serían los significantes que lo amarran. Se trata de un afecto que, aunque se lo intente explicar a través de una serie de palabras, el significante no logra dar cuenta de ella en su totalidad. De esta manera, Lacan (2019a) define a la angustia como “lo que no engaña, lo fuera de duda” (p.87), porque es irreductible al engaño del significante. La angustia es certeza que se liga al acto, y el acto supone perder las garantías que el sujeto creía tener de su posición en el Otro. La angustia, entonces, aparece cuando, allí donde debería haber un menos phi ( $-\phi$ ), donde debería haber un vacío, un enigma del Otro, aparece algo. En la sesión del 18 de noviembre, Lacan (2019a) asegura que lo siniestro, lo *Unheimlich*, es lo que surge en el lugar donde debería estar el menos phi. En palabras de Lacan (2019a), “cuando algo surge ahí, lo que ocurre, si puedo expresarme así, es que la falta viene a faltar” (p. 52). En definitiva, la angustia testimonia la inconsistencia del Otro y testimonia la intemperie del sujeto. Se trata de la angustia ante el enigma del deseo del Otro, ya que la lectura inédita que elabora Lacan sobre la castración apunta precisamente a que no hay en el Otro un significante que responda por aquello que el sujeto es. Es decir, que el Otro esté barrado significa que el Otro no posee todos los significantes y que, para el sujeto, no hay en el Otro un punto que dé cuenta de su lugar.

Ahora bien, que Lacan decida trabajar sobre el acting out y el pasaje al acto en un seminario destinado a la angustia no es fortuito. Siguiendo el cuadro de los afectos que

dos lugares más próximos a la angustia. Sin embargo, estos términos no son introducidos en dicho cuadro desde el comienzo, sino que Lacan (2019a) decide dejar esas dos casillas vacías al tratarse de “un tema que tiene el mayor interés en cuanto al manejo de la angustia” (p.22). Ya que la angustia es certeza, y esta certeza se liga al acto, se desprende entonces que en los bordes de la angustia de este cuadro Lacan ubique estos dos acontecimientos clínicos ligados al acto, que hacen un tratamiento del objeto en una escena y que además, ponen en juego la relación del objeto, la escena y el acto. Sin embargo, aunque ambos conceptos sean introducidos en el cuadro al mismo tiempo, se vuelve sumamente necesario diferenciarlos, ya que tal como afirma Lacan (2019a), “todo lo que es acting out debe oponerse al pasaje al acto” (p.135).

Para arribar a la definición del pasaje al acto es inevitable retomar el trabajo teórico que realiza Lacan sobre el concepto de acto, ya que la conceptualización del mismo colabora en la definición y estatuto del suicidio como resultante del pasaje al acto. Cabe mencionar que es Miller (1988) quien afirma que este concepto lacaniano de acto podría ser un concepto homologado al concepto freudiano de pulsión de muerte, en tanto el acto suicida ilustra la disyunción total que puede operarse en el organismo, en su homeostasis por un lado, y en aquello que lo habita y lo destruye. Siguiendo con lo conceptualizado por Lacan (2019a) acerca del concepto de acto, el mismo es definido hacia el final del Seminario X como “una acción en la medida en que en él se manifiesta el deseo mismo que habría estado destinado a inhibirlo” (p. 342). Se trata, entonces, de una acción con carácter de una manifestación significativa en la que se inscribe el estado del deseo. El concepto de acto es formulado como derivación de la certeza, como un intento de tramitación de la angustia por medio de la acción, como una forma de dar respuesta por parte del sujeto, con una consecuente desestabilización subjetiva que traería aparejado (Barrionuevo, 2009). De esta manera, el acting out y el pasaje al acto serían dos modalidades del acto por las cuales el sujeto podría arrancarle a la angustia su certeza, es decir, dos acontecimientos clínicos que hacen un tratamiento del objeto en la escena. Aquello que en la angustia escapa al significante, Lacan (2019a) lo ubica en estas dos posiciones fantasmáticas del sujeto en relación al Otro. Pero... ¿En qué se diferencian entonces el acting out y el pasaje al acto? Una de las formas de distinguirlos es interrogando el lugar que ocupa el Otro en cada uno de ellos. Respecto al acting out, Barredo y Paulucci (1993) aseguran que en el mismo

“Lo que soy como objeto interroga al Otro sobre el lugar que ocupo en su deseo, causándolo. Si falla la respuesta del Otro como deseante, en el sujeto en la zona del acting-out se dan las condiciones para el pasaje al acto, en que sale de la escena y, al perder las coordenadas simbólicas que lo constituyen como sujeto historizado, queda reducido a su identificación con el objeto”. (p.4)

En el pasaje al acto, frente a la no respuesta del Otro a su llamado, el sujeto se identifica al objeto como resto, cayendo de la escena en la que intentaba sostenerse. Dado que el pasaje al acto supone que el sujeto caiga confundido con el objeto, aquella oposición que aparece en la fórmula del fantasma entre sujeto dividido y objeto perdido se borra completamente provocando que el fantasma se disuelva. Por lo tanto, la relación entre la angustia y el pasaje al acto se vuelve aún más nítida al afirmar que en la angustia, el Otro como lugar simbólico se fractura y, entonces, el sujeto queda confrontado con el objeto insoportable. Tal como asegura Gallo (2021), “no es que bajo angustia el sujeto pierda el objeto para él privilegiado por haberse inscrito en el campo de su realización, sino que se ve obligado a cederlo o a reemplazarlo por otro (...)” (p.13). La angustia implica un desencadenamiento de urgencia, ya que el sujeto se encuentra con una situación que se coagula y resulta inarticulable. En el pasaje al acto suicida, en la urgencia y en todos aquellos casos en los que el sujeto se siente desorientado, el lugar del Otro que sirve como anclaje aparece profundamente agujereado y debilitado. El objeto que le ha servido de sostén ahora es cedido y soltado, y de este modo deja de

estar como causa del deseo. De esta manera, si en el pasaje al acto se trata del objeto caído de la escena, en el acting out

20

se trata de lo opuesto: allí se monta el objeto en una escena para que ésta sea leída. En el acting out se trata de sostener el objeto sin dejarlo caer, con el objetivo de que el Otro pueda leer lo que estaba siendo ignorado. Al decir de Miller (2013f), “el acting out es el surgimiento del objeto a en la escena, con sus efectos perturbadores y de desorden, insituables” (p.123), mientras que en el pasaje al acto el sujeto se encuentra ya fuera de escena, bajo la barra, sin dejar lugar a la interpretación y al juego del significante (de ahí que el pasaje al acto no engañe). Así pues, “el pasaje al acto no sería una manera de dirigirse al Otro, sino de hacerse uno con el otro especular, fundiéndose así con él” (Gallo, 2021, p.17).

Siguiendo lo expuesto por Jiménez Betancourt y García Valdez (2021) podría decirse que “acting out” es un término proveniente de la escuela freudiana, en tanto aquello que el sujeto no recuerda, se actúa exteriorizándose en el análisis. El término utilizado por Freud era *agieren*, llevar a la acción, opuesto al término *erinnern*, que refiere recordar. Ambos términos, actuar y recordar, serían medios de retorno del pasado en el presente. Lacan, por su parte, hace referencia al acting out desde el Seminario I donde considera al mismo como una acción que siempre se presenta en un contexto de palabra y, por ende, transferencial. En esta misma línea, y retomando lo trabajado por Lacan (2019a) en su Seminario X, es posible afirmar que, aunque el síntoma y el acting out sean solidarios como formación del inconsciente en tanto posibles de interpretación, ambos se diferencian en un aspecto fundamental: el síntoma no necesita dirigirse al analista, ya que por su “naturaleza” puede bastarse a sí mismo. El acting out, en cambio, se ofrece al Otro para ser interpretado, se da a descifrar al Otro a quien se dirige. Tal como afirma Miller (1988), “podemos hablar de acting out cuando hay una escena; esta escena es la palabra y el sujeto se pone a actuar sobre esta escena bajo la mirada del Otro. Necesita del Otro, necesita del espectador” (p.47). La importancia clínica del acting out radica en que él mismo designa una clase de acto enigmático. En esta línea, Lacan (2019b) en su Seminario V define al acting out como un acto que se presenta con un carácter especialmente inmotivado. Empero, eso no implica que no tenga causa, sino que “es muy injustificable psicológicamente, porque es un acto siempre significado” (p.429).

En cuanto al concepto de pasaje al acto, y tal como se ha mencionado con anterioridad, se sabe que el mismo aparece en la enseñanza de Lacan a propósito de fenómenos que nada tienen que ver con una patología a la que sea aplicable la idea de la locura, pero que en algún aspecto connotan una dimensión de *ruptura, discontinuidad y dejar caer*. Desde el comienzo y hasta el final de su enseñanza, este concepto evoca ruptura, sea con la personalidad, con la palabra como mediación, con el lazo social y con el Otro de la ley; de ahí el mismo sea la expresión más contundente del momento en que un sujeto prescinde del Otro, y que su estructura y correlato esencial sea el *Niederkommen*, el dejar caer. Además, es menester señalar que el pasaje al acto puede darse en todos los sujetos y no exclusiva ni inevitablemente en alguna estructura clínica en particular. De esta manera, el pasaje al acto en tanto accidente de la escena, denota cómo algo de la misma se ha roto, provocando que el sujeto ya no pueda tolerarlo. Y, a diferencia del acting out, aquí ya no se trata de un mensaje dirigido al Otro para que sea descifrado, sino que se trata del sujeto arrojado de la escena. El sujeto pasa al lugar del objeto en tanto se identifica como resto, y entonces, al quedar totalmente identificado al lugar del a debe evadirse de la escena aniquilándose como sujeto.

Dicha diferenciación entre acting out y pasaje al acto es trabajada por Lacan (2019a) al retomar dos casos freudianos de suma relevancia teórica, los cuales ya había trabajado con anterioridad en su Seminario IV titulado “La relación de objeto”. Se trata del

caso de Dora y la joven homosexual. Respecto a esta última, asegura que

Mientras que la tentativa de suicidio es un pasaje al acto, toda la aventura con la dama de dudosa reputación elevada a la función de objeto supremo es un acting out. Mientras que la bofetada de Dora es un pasaje al acto, todo su comportamiento paradójico con la pareja de los K., que Freud descubre enseguida con tanta perspicacia, es un acting out. (Lacan, 2019b, p.136)

21

En Dora, es posible distinguir el acting out en aquel cuarteto que se mantenía con el matrimonio K y su padre. Esta situación había sido sostenida eficazmente por Dora, quien se había mostrado más que complaciente, pues ella había sido su pieza clave. Sin embargo, esta relación se mantiene hasta el momento del bofetón. El bofetón de Dora ante la frase “mi mujer no es nada para mí” pronunciada por el Sr. K señala el pasaje al acto, en tanto dicha frase marca la caída de la mujer, la caída de un saber que Dora suponía en la Sra. K. Aquí se vislumbra claramente cómo algo de la escena se rompe provocando que Dora caiga del lugar donde estaba sostenida. En otras palabras, podría decirse que se desmonta la escena que la había sostenido hasta ese momento, y esta ruptura del marco fantasmático provoca la caída del sujeto.

Por otro lado, en el caso de la joven homosexual, el intento de suicidio es un pasaje al acto que marca nítidamente ese “dejarse caer” tan característico y peculiar del mismo, en su caso arrojándose a las vías del tren. La mirada furtiva del padre la deja caer, le niega su amor, y en ese momento, la dama también se lo niega al enterarse del engaño para pasearse por delante del padre. Sin embargo, tal como asegura Gallo (2021), aquí no se trata de una mirada furiosa o de un desprecio que dejan caer, sino del hallazgo de una afirmación que pone en duda la existencia de un gran Otro... “Si el Otro consistente no existe, ¿cómo me sostengo en el mundo y qué sentido tiene vivir?” (p. 99). De esta manera, el asunto del pasaje al acto se vuelve aún más claro: se trata de salirse de la escena, de precipitarse hacia un mundo en donde ya no existe un piso firme porque la brújula que es el Otro desaparece y entonces, no queda más remedio que dejarse caer en lo real. Es por ello que Lacan es muy convincente al demostrar que, tanto en la joven homosexual como en el caso de Dora, el sujeto se mueve en dirección a evadirse de la escena, siendo este salirse de la escena lo que permite reconocer al pasaje al acto y diferenciarlo del acting out. Ahora bien, ¿Qué significa evadirse de la escena? Retomando aquel cuadro de los afectos, podría decirse que existen dos coordenadas que llevan al sujeto a evadirse de la escena en el pasaje al acto: el embarazo, en tanto aquella barra que aplasta al máximo al sujeto, y la emoción como aquel movimiento que desagrega. En palabras de Lacan (2019a):

Si ustedes quieren referirse a la fórmula del fantasma, el pasaje al acto está del lado del sujeto en tanto que este aparece borrado al máximo por la barra. El momento del pasaje al acto es el de mayor embarazo del sujeto, con el añadido comportamental de la emoción como desorden del movimiento. (p. 128)

Ese momento de mayor embarazo refiere a un instante de máxima turbación en el cual el sujeto no sabe ya qué hacer. Es un instante que concuerda con un desvanecimiento y aniquilación del sujeto, un momento en que “le falta a uno el sí mismo, (...), por completo” (p. 132), ya que es invadido por una emoción descontrolada. Al desvanecerse, el sujeto queda reducido a un objeto que se precipita y bascula fuera de la escena, y es así como Lacan (2019a) confirma que esto es lo que constituye la propia estructura del pasaje al acto. Tal como afirma Gallo (2021), esta caída del sujeto como objeto es con respecto al Otro que ya no lo sostiene, que ya no le da la mano y que ya no sirve como anclaje, y este abandono, entonces, se conforma como la forma más letal del

dejar caer. Es importante destacar cómo el lugar del Otro reclama un importante lugar en el pasaje al acto, en tanto este Otro del discurso que introduce al sujeto en el lenguaje señala un aspecto fundamental para pensar al suicidio en términos de pasaje al acto. El pasaje al acto suicida tiene como causa fundamental no haberse sentido originariamente, tanto en el orden imaginario como en el simbólico, deseado por ese Otro materno. El sujeto que se suicida suele entrar al mundo como a, como “el resto aborrecido del Otro” (Lacan, 2019a, p.133). Que el niño no logre leer en ese Otro materno los signos de un deseo por él constituye el resorte más arcaico de la angustia, el desamparo y la tristeza. Este no deseo por parte del Otro marca en el sujeto una disposición inconsciente muy riesgosa: a identificarse de modo real con el objeto a como desecho, tal como sucede en quien se suicida (Gallo, 2021). Dicha súbita caída del sujeto como resto excluido, angustiado, segregado y desechado, lo deja en una situación de inhibición y propensión al suicidio, provocando que, en el pasaje al acto

22

suicida, el sujeto atraviese violentamente el marco de su fantasma, que salga del mismo en una forma salvaje. Es por ello que el pasaje al acto supone este atravesamiento salvaje y radical del fantasma donde toda la estructura del sujeto queda desarticulada, provocando que el sujeto caiga de la escena fantasmática.

Tal como se ha mencionado con anterioridad, el presente escrito toma plena consideración del suicidio como resultante del pasaje al acto, es decir, cuando se da cierta configuración del mismo. ¿Cuál sería dicha configuración para que se produzca el mismo? Lacan (2019a) plantea la existencia de “dos condiciones esenciales de lo que se llama, hablando con propiedad, pasaje al acto” (p. 124). Por un lado, debe darse una identificación absoluta del sujeto con el objeto a al que se reduce; y a su vez, debe producirse una confrontación del deseo y la ley. Ahora bien, ¿qué significa que deba darse una identificación absoluta del sujeto con el objeto a al que se reduce? Se trata de una identificación con el desecho, en tanto el sujeto queda radicalmente reducido a la condición de objeto caído, “y es ahí cuando queda cumplida la condición subjetiva fundamental para que se produzca el pasaje al acto, cuyo paradigma es el suicidio” (Gallo, 2021, p. 103). Con respecto a esta confrontación del deseo y la ley, Miller (1988) asegura que todo acto verdadero es delincuente, ya que implica un atravesamiento de un código y de una ley, y en definitiva, “todo acto verdadero, todo acto que marca, que cuenta, es transgresión” (p.45). En el caso de la joven homosexual, se junta el deseo del padre, en base al cual se construye toda su conducta, con la ley que se presentifica en la mirada del mismo. Es así como la joven logra sentirse definitivamente identificada con a, y, al mismo tiempo, expulsada, fuera de la escena, dejándose caer. Y es toda esta cuestión identificatoria la que está en plena articulación con aquella idea freudiana ya postulada en “Duelo y melancolía”, en tanto el Yo sólo podría darse muerte si puede tratarse a sí mismo como un objeto, si puede dirigir contra sí mismo dicha hostilidad que recae sobre un objeto.

De lo anteriormente expuesto a partir de la literatura psicoanalítica, se desprende que el suicidio es la consecuencia del pasaje al acto, y es el lugar del pasaje al acto donde Lacan ubica el fantasma del suicidio (Gallo, 2021). Al respecto, Miller (1988) señala que Lacan hace del acto suicida el modelo del acto, poniendo en cuestión aquel ideal de acción calculada y racional donde el sujeto del pensamiento querría su propio bien. De esta manera, con Lacan se abre la posibilidad de pensar el acto a partir del suicidio, siendo que “en el corazón de cualquier acto, hablando propiamente, para nosotros es el pasaje al acto el que está ahí como paradigma” (p.47). Por lo tanto, para Lacan el único acto exitoso es el acto suicida logrado o consumado, puesto que todo acto verdadero es un suicidio del sujeto. Así, en “Radiofonía & Televisión”, Lacan (1970) asegura que “el suicidio es el único acto que tiene éxito sin fracaso. Si nadie sabe nada de él, es porque procede del prejuicio de no saber nada” (p. 126). Entonces, es posible

concluir afirmando que todo intento de suicidio es logrado desde el punto de vista subjetivo. Esto significa que cada atentado contra sí mismo, buscado consciente o inconscientemente, tendrá efectos devastadores en la subjetividad. Todo intento de suicidio da cuenta de una muerte subjetiva, poniendo en acto el sentimiento de ya estar muerto, dado que el sujeto que intenta suicidarse ya no volverá a ser el mismo que era antes. En palabras de Miller (1988), “puede renacer de ese acto, pero renace de modo diferente” (p.44).

#### **4.5. Hacia una clínica del pasaje al acto**

No sólo el intento de suicidio, sino también las ideaciones suicidas y los anuncios implícitos y explícitos en la enunciación del analizante, ponen al analista en la difícil tarea de advertir qué está sucediendo con ese sujeto. De esta manera, se vuelve necesario un trabajo de reflexión acerca de la práctica del psicólogo desde una perspectiva de una clínica de la urgencia, ya que el suicidio e intento de suicidio no sólo adquieren importancia teórica sino también, y fundamentalmente, práctica. Para ello, cabe preguntarse ¿qué se entiende por clínica? En la “Apertura de la Sección Clínica”, Lacan (1976) responde que la clínica psicoanalítica es “lo que se dice en un psicoanálisis” (p.3). Dicho uso del impersonal no es en vano, en tanto apunta a no discriminar quién está diciendo. Esto se debe a que

23

precisamente la clínica es una práctica de lectura donde el analista no queda por fuera de aquello que lee, y de esta manera, se hace posible confirmar entonces que aquel que escucha define al sujeto que habla. Sin embargo, esta clínica discursiva presenta un problema: el problema médico. Cabe señalar que en la historia de la clínica médica, anterior al discurso analítico, es donde se puede ubicar el nacimiento del psicoanálisis. Centrándose en lo discursivo y desprendiéndose de la clínica neurológica respecto al síntoma histérico, el psicoanálisis como práctica de discurso se inaugura como otro modo de tratamiento, avanzando hacia una despatologización de las estructuras clínicas. Es importante destacar que tanto Freud como Lacan han tenido que desmontar sus propias posiciones médicas (Colovini, 2013). Y en esto radica la invitación psicoanalítica a cuestionar las posiciones psiquiátricas de algunos analistas que continúan pensando a las estructuras clínicas (neurosis, psicosis y perversión) como compartimentos cerrados, obturando así la escucha. Así, se hace más interesante pensar que la estructura es la estructura del lenguaje, y por ende, habría diversas formas de relacionarse con esa estructura, ya que en psicoanálisis “estructura” supone la relación del sujeto al Otro. Ahora bien, ¿qué relación al Otro supone el pasaje al acto? Recapitulando lo anteriormente expuesto, es posible concluir afirmando que el suicidio es el acto de ruptura por excelencia con el Otro simbólico que sirve de soporte al lazo social. El sujeto es arrojado de la escena a causa de no contar más con un piso firme ni con un Otro que verdaderamente lo sostenga. Desvanecido el sujeto, ¿qué posición podría asumir el analista frente a estos casos? Miller (1988) asegura que “la clínica del pasaje al acto nos recuerda la inscripción temporal inevitable del acto, especialmente bajo el modo de la urgencia” (p.42).

Acerca de la clínica de la urgencia, es fácil comprobar cómo persiste la idea de que habría una incompatibilidad entre el psicoanálisis y la urgencia. Algunos de los clásicos historiales freudianos, tales como Dora, la Joven Homosexual, Juanito y el Hombre de las Ratas, demuestran que la urgencia subjetiva, lejos de oponerse al psicoanálisis, es consustancial a su práctica (Sotelo, 2007). Esta intrínseca relación entre el psicoanálisis y la urgencia ha sido señalada por Lacan a lo largo de su enseñanza. En su escrito de 1966 titulado “Del sujeto por fin cuestionado”, él mismo hace mención a la expresión de “urgencias subjetivas” que se le presentan al psicoanalista. Allí afirma: “Por

lo menos ahora podemos contentarnos con que mientras dure un rastro de lo que hemos instaurado, habrá psicoanalista para responder a ciertas urgencias subjetivas (...)” (p.229). Por lo tanto, lo que Lacan está señalando es que habrá momentos en el transcurso de un análisis en los que la urgencia subjetiva se le presentará al psicoanalista para que éste responda a ellas. Entonces, la práctica analítica de las urgencias subjetivas, lejos de oponerse, constituye un ámbito privilegiado para la práctica del psicoanálisis.

Gallo (2021) también trabaja la cuestión de la urgencia subjetiva, tomando como punto de partida que no hay pasaje al acto ni acting out por fuera de un estado subjetivo de urgencia, siendo este significante “urgencia” aquello que remite a un estado gobernado por una exigencia que constriñe, embaraza, turba y apremia. Además, resulta menester señalar que, aunque la urgencia más letal sería la angustia que empuja al pasaje al acto, las urgencias no son universales, sino que pueden presentarse de maneras muy variadas. La urgencia subjetiva se define entonces como “un acontecimiento de discurso que, por salirse de cualquier libreto, el sujeto no sabe de antemano cómo responder al mismo” (p.147). Se trata de una crisis psíquica que opera como una advertencia de que algo no marcha bien en la existencia del sujeto, y por lo tanto, al encontrarse desestructurado su mundo imaginario y simbólico, aquellas certezas que lo sostenían en la vida ahora se encuentran suspendidas. Así, mientras la vida se le vuelve insostenible y es llevada con mucho sufrimiento y pesar, el sujeto de la urgencia ya no espera nada de nada ni de nadie...

(...) es alguien a quien ya no lo sostienen los significantes amo con los cuales se ha identificado para hacerse a un semblante -honor, convicciones, dignidad-. Se siente caído del Otro, considera que está cansado de sufrir, que ya no aguanta más pérdidas, que todo lo que ha intentado ha sido inútil. (Gallo, 2021, p. 170)

24

Entonces... ¿Cómo pensar una clínica del pasaje al acto? ¿Qué dirección de la cura se plantea en estos casos de urgencia subjetiva? Lejos de todo análisis estadístico del suicidio, donde cada sujeto pasa a ser parte de una cifra que termina naturalizando, generalizando y universalizando este fenómeno, el psicoanálisis propone otro camino posible. Por su parte, Muñoz (2009) afirma que, ante la actual generalización de la categoría “patologías del acto”, se impone retomar la enseñanza de Lacan que busca “no recaer en clasificaciones imaginarias, puramente fenoménicas, que llevarían al psicoanálisis a diagnósticos descriptivos que lo distancian del destino deseado por su fundador” (p.19). De esta manera, no se apunta a una clínica descriptiva sino demostrativa de aquello que no es aprehensible por ninguna clasificación, y que se dirige hacia lo radical del sujeto del inconsciente. Al decir de Sotelo (2007), se trataría de una clínica que apunta a que el sujeto sea producido y alojado, oponiéndose a su masificación bajo rasgos comunes. Es una práctica que potencia la exigencia de escuchar el detalle y que, al no plantearse responder desde un protocolo preestablecido, se constituye como una práctica que debe inventarse cada vez. A lo que el dispositivo clínico psicoanalítico apunta es a hacer que ese colapso que opaca el amor a la vida penetre la esfera resguardada propia de la acción analítica. De lo que se trata en la atención de la urgencia subjetiva es de tratar lo real traumático por lo simbólico de la palabra. La demanda de hablar es urgente y el analista deberá despertar en el sujeto cierto interés en responsabilizarse y hacerse cargo de su angustia (Gallo, 2021).

## **5. Consideraciones finales**

La relevancia de las precedentes líneas radica en el esclarecimiento de un fenómeno clínico tan importante para la futura práctica profesional como lo es el suicidio e

intento de suicidio. Si bien diversos autores han profundizado en el estudio del suicidio desde una perspectiva psicoanalítica, y a pesar de la vasta bibliografía existente sobre el mismo, es fácil constatar la ausencia de cierto ordenamiento bibliográfico sobre dicha temática. Por medio de la presente revisión bibliográfica, se ha logrado profundizar en una lectura actualizada de las diferentes conceptualizaciones sobre el suicidio dándole orden a la literatura existente. Tomando a la subjetividad como eje fundamental, y escapando a todo tipo de generalización, patologización y mitificación de suicidio, el psicoanálisis todavía tiene mucho por decir, y es ésta la razón que motivó la escritura de este trabajo.

Aquellas representaciones que dan consistencia y orden a nuestra existencia vacilan frente al gran enigma que provoca el suicidio. No hay piso simbólico ni imaginario que permita comprender por qué alguien actuaría en pos de ponerle fin a su vida. Empero, vale destacar que dicho interrogante sólo tiene una función orientativa, en tanto las respuestas universales sobre el motivo del suicidio no esclarecen el asunto dada la singularidad que se ve comprometida en el mismo; y tal como asegura Muñoz (2009), “contrariamente a las tipologías psiquiátricas, que se sostienen apuntaladas en un deseo de clasificación universalizante, el psicoanálisis se ocupa de la singularidad, la de cada sujeto uno por uno” (p. 19). Es por ello que, en cuanto a la causa del suicidio, establecer y conjeturar sobre una causa orgánica, genética o incluso social para explicar este fenómeno anula toda subjetividad. Siguiendo lo propuesto por Gallo (2021) es posible afirmar que, desde el psicoanálisis, se lo piensa desde la realidad interna al sujeto, a pesar de no dejar de lado la realidad social que envuelve al mismo. De esta manera, aquello que se pone en juego en el suicidio o en el intento de suicidio no puede ser apreciado desde fuera y menos por medio de aproximaciones groseras como las que suelen hacerse. Mientras que para los sociólogos dichas causas son externas, para el psicoanálisis la causa última del suicidio está en el sujeto mismo, lo cual implica considerar siempre su lugar.

Un aporte del presente relevamiento bibliográfico sobre el suicidio ha sido la desmitificación sobre dicho fenómeno. Existe la idea de que quienes se suicidan, siempre e inevitablemente, tienen antecedentes de depresión o melancolía, lo cual es erróneo porque no siempre es así. Freud mismo ya denunciaba la tendencia a la autodestrucción a

25

la que están sometidos todos los seres humanos. Y es precisamente esta tendencia inconsciente y pulsional a la autodestrucción la que aprovecha y se vale de momentos de debilitamiento existencial y de alguna culpa inconsciente que empuja hacia el autocastigo, para así ponerse en escena bajo la forma del daño. En consecuencia, el pasaje al acto puede ser definido como transclínico, en tanto no se corresponde con una estructura clínica en particular, y tanto el pasaje al acto como el suicidio pueden presentarse en cualquiera de las estructuras clínicas. En la actualidad es común encontrar cierto asedio del pensamiento suicida en quienes recurren a un analista, y es por ello que el intento del suicidio constituye una de las tantas manifestaciones clínicas con las que el analista se enfrenta frecuentemente en su práctica clínica, denotando la existencia de un gran malestar en la civilización. El tiempo que transcurre en la actualidad trae aparejada cierta exigencia por parte del Superyó, y así, fácil llega el gran sin sentido de la vida, donde lo insoportable es más grande que el deseo de vivir... y entonces, “cuando ya no se encuentra ningún refugio contra el malestar de vida, ninguna coartada que nos entretenga y sirva de señuelo, el alma colapsa” (Gallo, 2021, p. 127).

Los estudios cuantitativos y las estadísticas existentes sobre las cifras de suicidios reflejan una realidad que afecta a millones de personas en el mundo y que preocupa no sólo a profesionales de la salud sino a toda la sociedad. De esta manera, a partir del espacio inaugurado por Freud y de la enseñanza de Lacan, es posible delimitar un trayecto que exceda, sin desestimar, los estudios cuantitativos sobre el suicidio,

permitiendo así un recorrido que vaya desde lo general y sus aspectos universales hacia lo singular y más propio del sujeto. Tal como se explicita desde el comienzo del presente escrito, el suicidio ha sido objeto de estudio de múltiples disciplinas a lo largo de la historia, las cuales no han cesado de intentar dar respuesta al enigma y desconcierto que implica el mismo. Este acto, que constituye una salida y desenlace a un conflicto psíquico, deja como secuela múltiples interrogantes que desconciertan a todo aquel que busque una respuesta frente a este gran enigma. Al menos desde el psicoanálisis, no es posible establecer un criterio unificador sobre el suicidio, porque con Freud y con Lacan el significativo suicidio comienza a tomar plena consideración del caso por caso y de aquellas coordenadas subjetivas que se ponen en juego en el mismo. Todo intento de comprender su motivo y trasladarlo universalmente a todos los suicidios e intentos de suicidio estará destinado a fracasar, porque cada uno de esos actos representará algo distinto para cada sujeto y, a su vez, cada sujeto se relacionará con este acto de un modo único y singular. Habrá suicidios producto de impulsos incontenibles, efectos de desesperación, miedo o venganza, suicidios por sacrificios, como así también suicidios contruidos a partir del dolor de existir y elaborados hasta el instante del pasaje al acto. Si el suicidio es entendido como consecuencia del pasaje al acto, y si el pasaje al acto implica considerar la relación del sujeto con el Otro, entonces habrá tantos suicidios como tantos modos de dirigirse al Otro. Sin embargo, pese a las diferencias, una característica persiste y se repite: el sentimiento de caída respecto al deseo del Otro, caída del deseo mismo de vivir, caída de aquel sostén que le permitía dirigirse y sostenerse en la vida.

Frente a un sujeto que se ve empujado a un goce que pareciera no tener medida, el psicoanálisis será una herramienta para que él mismo pueda implicarse en su modo de goce y hacerse responsable de aquello que lo aqueja. Dándole pleno valor e importancia a la palabra, el dispositivo analítico como espacio de trabajo del malestar hará lugar a la responsabilidad subjetiva para que él mismo se pueda recuperar y cambiar aquel goce inútil y mortífero que lo acecha. Es Eric Laurent quien afirma que la experiencia de un análisis conduce a descubrir que hay otro modo de goce que la tristeza, que habitar el mundo es poder vivir con la experiencia de la pérdida, incluyendo al dolor (Bertholet, 2011). Aquellos interrogantes que plantean las representaciones de la vida y de la muerte nunca dejarán de acechar al ser humano. Hacia el final de "De guerra y de muerte", Freud (2017a) concluye: "Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte" (p. 301). ¿Quizá la posición del psicoanalista sea la de acompañar a que el sujeto asuma su posición frente a la vida y a la muerte? Vale destacar y no desatender el uso no casual del verbo asumir, ya que en él es posible encontrar la clave que Lacan proporciona a lo largo de su enseñanza. Sin

26

ahondar en dicho término, la asunción de una posición por parte del sujeto adquiere diversos matices durante su recorrido teórico, y entonces es posible pensar en la asunción y alternativa del sujeto entre ser o no ser el falo, como así también en la asunción de una posición sexuada y posición subjetiva frente al encuentro con lo real, es decir, frente a la no relación sexual.

Desde sus comienzos y hasta nuestros días, el psicoanálisis ha sido objeto de resistencia y fuertes críticas. Pero su fuerza y vigencia radica en que todavía tiene mucho por decir sobre el suicidio y, en definitiva, sobre el malestar. El psicoanálisis sirve para que la vida pese mucho menos y se disfrute mucho más, pudiendo ser un gran remedio frente al angustioso sentimiento de la falta de sentido. Y entonces, transferencia de por medio, y deseo del analista como articulador de la cura, la orientación clínica se dirigirá a reinstalar al sujeto en su relación con el Otro simbólico, ese Otro que le ha soltado la mano. Entonces, si el pasaje al acto es la expresión más contundente en que un sujeto prescinde del Otro, el analista se dirigirá a reconstruir un Otro que le brinde nuevamente

un piso en donde apoyarse en la vida. Podría decirse que el analista tratará de alojar ese pesar en la vida proponiendo una escucha atenta, advertido de que la urgencia subjetiva no sigue leyes, que lo imprevisto sobreviene sin dejar lugar a cualquier tipo de preparación.

Por último, este escrito es un intento de demostrar la vigencia del psicoanálisis en problemáticas que todavía se presentan en nuestros días, a la vez que invita a continuar reflexionando sobre los modos singulares de sufrimiento, estando advertidos de las generalizaciones y meras clasificaciones universales que obstruyen la consideración de lo más íntimo de cada sujeto. Pensar en una clínica del pasaje al acto convoca a considerar *otro modo* de abordaje para el sufrimiento del vivir, un modo que escape a todo tratamiento moral y psicopatologizante del suicidio y que apueste a la singularidad de cada sujeto.

## **6. Referencias Bibliográficas**

- Amigo, S. (2014). La autorización de sexo y otros ensayos. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.
- Barredo, C., & Paulucci, O. (1993). Clínica de la angustia: acting out y pasaje al acto. *Revista de Psicoanálisis*, 50(6).
- Barrionuevo, J. (2009). Suicidio e intentos de suicidio. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Psicología.
- Bertholet, R. (2011). Depresión, cuerpo y síntoma. III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación

- Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Bertholet, R. (2022). La depresión: sus abordajes desde la psicología, la psiquiatría y el psicoanálisis [Material del aula].
- Camaly, G. (2008). La apuesta de Lacan: el objeto a como plus de gozar. Recuperado a partir de <https://revistavirtualia.com/storage/articulos/pdf/p64XoHcwVD9mfywByQncIP8cRn nn76VmCfo4TUAC.pdf>
- Colovini, M. (2013). Debates actuales en psicoanálisis: las marcas de un paradigma. Recuperado a partir de <http://clinicaypsicoanalisis1.webnode.es/textos/unidad-3/>
- Durkheim, E. (2008). El suicidio. Madrid, España: Ediciones Akal.
- Escobar M. C. E. (2021). Masoquismo primordial y masoquismo del goce en el surgimiento del sujeto en Lacan. *Affectio Societatis*, 18(34), 1–21. <https://doi.org/10.17533/udea.affs.v118n34a07>
- Fazio, V. (2021). El sujeto como resto: aproximación a la concepción del masoquismo de Lacan. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 21, 77-83.
- Freud, S. (2003). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En *Obras Completas*, tomo X. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013a). Contribuciones para un debate sobre el suicidio. En *Obras Completas*, tomo XI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013b). Más allá del principio de placer. En *Obras Completas*, tomo XVIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013c). Psicopatología de la vida cotidiana. En *Obras Completas*, tomo VI. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013d). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En *Obras Completas*, tomo XVIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2017a). De guerra y de muerte. Temas de actualidad. En *Obras Completas*, tomo XIV. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2017b). Duelo y melancolía. En *Obras Completas*, tomo XIV. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2014). El problema económico del masoquismo. En *Obras Completas*, tomo XIX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2011). Tótem y Tabú. En *Obras Completas*, tomo XIII. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Gallo, H. (2021) Por qué se suicida un adolescente: Pasaje al acto, urgencia y acto. Buenos Aires: Grama ediciones.
- Geneviève, M. (2003). Ambigüedades sexuales: Sexuación y Psicosis. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Jiménez Betancourt, R. A., & García Valdez, R. (2021). Acting out y pasaje al acto. Hacia una ética del acto suicida. *Affectio Societatis*, 18(34), 1–25. <https://doi.org/10.17533/udea.affs.v118n34a01>
- Lacan, J. (1976). Apertura de la Sección Clínica. Recuperado a partir de [https://ecole.lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/ouverture\\_de\\_la\\_section\\_clinique.pdf](https://ecole.lacanienne.net/wp-content/uploads/2016/04/ouverture_de_la_section_clinique.pdf)
- Lacan, J. (2008). Aún. En *El Seminario: Libro XX*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.

- Lacan, J. (2009). Del sujeto por fin cuestionado. En *Escritos 1*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.
- Lacan, J. (2019a). La angustia. En *El Seminario: Libro X*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2019b). Las formaciones del inconsciente. En *El Seminario: Libro V*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (2019c). Las psicosis. En *El Seminario: Libro III*. Buenos Aires, Argentina:

- Paidós. Lacan, J. (2019d). Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. En *El Seminario: Libro XI*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Lacan, J. (1970). *Psicoanálisis: Radiofonía & televisión*. Barcelona, España: Anagrama.
- López Steinmetz, L. C. (2020). Acerca del vocablo suicidio: preexistencia del acto humano de darse muerte respecto de la posibilidad de su nominación. *Boletín De Filología*, 55(1), pp. 461–470. Recuperado a partir de <https://boletinfilologia.uchile.cl/index.php/BDF/article/view/57744>
- Miller, J. A. (1988). Jacques Lacan: observaciones sobre su concepto de pasaje al acto. En *Infortunios del acto analítico*. Buenos Aires, Argentina: Atuel.
- Miller, J. A. (2013f). La angustia lacaniana. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Miller, J. A. (2002). *Biología lacaniana y acontecimiento del cuerpo*. Buenos Aires, Argentina: Diva.
- Muñoz, P. (2009) *La invención lacaniana del pasaje al acto: De la psiquiatría al psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Pérez, S. & Reytor S., F. (1995). El suicidio y su atención por el médico de la familia. *Revista Cubana de Medicina General Integral*, 11(4), 11-18. Recuperado a partir de [http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0864-21251995000400001&lng=es&tlng=en](http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0864-21251995000400001&lng=es&tlng=en).
- Pérez, J. F. (2013). El problema de los universales y de lo singular en Lacan. *Revista Filosofía UIS*, 12(1), 121–135. Recuperado a partir de <https://revistas.uis.edu.co/index.php/revistafilosofiauis/article/view/3516>
- Rivera, G. (2015). Suicidio: Consideraciones históricas. *Revista Médica La Paz*, 21(2), 91-98. Recuperado a partir de [http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1726-89582015000200012&lng=es&tlng=es](http://www.scielo.org.bo/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1726-89582015000200012&lng=es&tlng=es)
- Serrani, L. (2020). La angustia y el deseo del Otro. En *Lecturas de la angustia. Una introducción al psicoanálisis que inaugura el Seminario 10 de Lacan*. Buenos Aires, Argentina: Letra Viva.
- Sotelo, I. (2007). *Clínica de la urgencia*. Buenos Aires, Argentina: JVE Editores.
- Szasz, T. (2002) *Libertad fatal. Ética y política del suicidio*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- UNICEF (2019) *El suicidio en la adolescencia: situación en la Argentina*. Recuperado a partir de <https://www.unicef.org/argentina/informes/el-suicidio-en-la-adolescencia>
- Vargas Castro, D. (2010). El suicidio, sus estatutos y ética del psicoanálisis. *Affectio Societatis*, 7(12), 1–13. Recuperado a partir de <https://revistas.udea.edu.co/index.php/affectiosocietatis/article/view/6320>
- Voruz, V. (2022). *Resonancias: vida y muerte en psicoanálisis*. Recuperado a partir de <https://www.revistavirtualia.com/articulos/922/vida-y-muerte-en-psicoanalisis/resonancias-vida-y-muerte-en-psicoanalisis>
- Vives, J., & Axelrod, R. (1999). La muerte y la pulsión de muerte, sus formas de inscripción en el psiquismo. *Lo representable, lo irrepresentable, enlaces, transformaciones y destinos*. *Revista de psicoanálisis editada por la Asociación Psicoanalítica Argentina*, 6, 349-390.
- Willington, J. (2022). *Vida y muerte en psicoanálisis*. Recuperado a partir de <https://www.revistavirtualia.com/articulos/928/prolongaciones-derivas/vida-y-muerte-en-psicoanalisis>